

NOMBRE
DE CORDERO,
POR EL M. FR. LUIS DE LEON,
DE LA ORDEN DE SAN AGUSTIN.

NOMBRE
DE CORDERO,
POR EL M. FR. LUIS DE LEON,
DE LA ORDEN DE SAN AGUSTIN.

APROBACIÓN.

Por mandado del Consejo Real vi un cuaderno de diez y siete hojas, compuesto por el Padre Maestro Fray Luis de León, de la Orden de San Agustín, Catedrático de Escritura en la Universidad de Salamanca, añadido agora de nuevo al libro de los Nombres de Cristo, que hasta aquí andaba impreso, hecho por el sobredicho autor, en que se trata del nombre que Cristo tiene de *Cordero*, y no hallé en el dicho cuaderno cosa que sea contra nuestra santa fe, ni contra la doctrina de los santos; antes toda la doctrina es muy sana y muy buena, sacada de la Sagrada Escritura, y de los principios de buena Teología, digna de la gran erudición del autor y de su singular ingenio, y así conviene que salga á luz para cumplimiento y perfección del libro, y provecho de los que le leyeren. Firmélo de mi nombre á 15 de Diciembre de este año 1594.

Fray Jerónimo de Almonacis.

NOMBRE DE CORDERO,

ANADIDO

EN LA CUARTA EDICION Y EN TODAS LAS SIGUIENTES.

El nombre de CORDERO, de que tengo de decir, es nombre tan notorio de Cristo, que es excusado probarlo. Que ¿quién no oye cada día en la misa, lo que refiere el Evangelio haberle dicho el Bautista (Joann. cap. I, v. 29.): *Este es el CORDERO de Dios, que lleva sobre sí los pecados del mundo?* Mas si esto es fácil y claro, no lo es lo que encierra en sí toda la razón de este nombre, sino escondido y misterioso, mas muy digno de luz. Porque CORDERO pasándolo á Cristo dice tres cosas, mansedumbre de condición, y pureza é inocencia de vida, y satisfacción de sacrificio y ofrenda, como San Pedro juntó casi en este propósito hablando de Cristo. *El que*, dice (I. Petr. cap. I, vv. 22 y 24.), *no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca, que siendo maldecido no maldecía, y padeciendo no amenazaba, antes se entregaba al que le juzgaba injustamente; el que llevó á la cruz sobre sí nuestros pecados.* Cosas que encierran otras muchas en sí, y en que Cristo se señaló y aventajó por maravillosa manera. Y digamos por sí de todas tres. Pues quanto á lo primero, CORDERO dice mansedumbre, y esto se nos viene á los ojos, luégo que oimos CORDERO, y con ello la mucha razón con que de Cristo se dice, por el extremo de mansedumbre que tiene, así en el trato, como en el sufrimiento; así en lo que por nosotros sufrió, como en lo que cada día nos sufre.

Del trato Isaías decía (Isai. cap. XLII, v. 4.): *No será bullicioso, ni inquieto, ni causador de alboroto.* Y Él de sí mismo

(Matth. cap. xi, v. 29.): *Aprended de mí, que soy manso, y de corazón humilde.* Y respondió bien con las palabras la blandura de su acogimiento con todos los que se llegaron á Él por gozarle, cuando vivió nuestra vida, con los humildes humilde, con los más despreciados y más bajos más amoroso, y con los pecadores, que se conocían, dulcísimo. La mansedumbre de este CORDERO salvó á la mujer adúltera, que la ley condenaba (Joann. cap. viii, v. 11.): y cuando se la puso en su presencia la malicia de los Fariseos, y le consultó de la pena, no parece que le cupo en la boca palabra de muerte, y tomó ocasión para absolverla del faltarle acusador, pudiendo sólo Él ser acusador, y juez, y testigo. La misma mansedumbre admitió á la mujer pecadora (Luc. cap. vii, v. 38.), é hizo que se dejase tocar de una infame, y consintió que le lavasen sus lágrimas, y dió limpieza á loss cabellos que le limpiaban sus piés. Esa misma puso en su presencia los niños que sus discípulos apartaban de ella (Matth. cap. xviii, v. 2.); y siendo quien era, dió oídos á las largas razones de la Samaritana (Joan. cap. iv, v. 7. y sig.); y fué causa que no desechase de sí á ninguno, ni se cansase de tratar con los hombres, siendo Él quien era, y siendo su trato de ellos tan pesado, y tan impertinente como sabemos.

Mas qué maravilla que no se enfadase entónces, cuando vivía en el suelo, el que agora en el cielo, donde vive tan exento de nuestras miserias, y declarado por Rey universal de todas las cosas, tiene por bueno de venirse en el sacramento á vivir con nosotros? y lleva con mansedumbre verse rodeado de mil impertinencias, y vilezas de hombres, y no hay aldea de tan pocos vecinos, adonde no sea casi como uno de ellos en su Iglesia, nuestro CORDERO, blando, manso, sufrido á todos los estados? Y aunque leemos en el Evangelio que castigó Cristo á algunas personas con palabras, como á San Pedro una vez (Marc. cap. viii, v. 33.), y muchas á los Fariseos (Matth. cap. xxiii, et alibi.), y con las manos también, como cuando hirió con el azote á los que hacían mercado en su templo (Joan. cap. ii, v. 15.): mas en ninguna encendió su corazón en fiereza, ni mostró semblante bravo; sino en todas con serenidad de rostro conservó el sosiego de mansedumbre, desechando la culpa, y no desdiciendo de su grave-

dad afable y dulce. Que como en la divinidad sin moverse lo mueve todo, y sin recibir alteración, riñe y corrige, y durando en quietud y sosiego, lo castiga y altera: así en la humanidad, que como más se le allega, así es la criatura que más se le parece, nunca turbó la dulzura de su ánimo manso, el hacer en los otros lo que el desconcierto de sus razones, ó de sus obras pedía; y reprendió sin pasión, y castigó sin enojo, y fué aún en el reñir un ejemplo de amor. Qué dice la Esposa (Cantic. cap. v, v. 16.)? *Su garganta suavísima, y amable todo Él, y todas sus cosas.*

—Y aquella voz, dijo Sabino aquí, pareceos, Marcelo, que será muy amable (Matth. cap. xxv, v. 41.): *Id, malditos de mi Padre, al fuego eterno aparejado para el demonio?* ó será voz que se podrá decir sin braveza, ú oír sin espanto? Y si tan manso es el trato todo de Cristo, qué le queda para ser león, como en la Escritura se dice (Apoc., cap. v, v. 5.)?—Bien decís, respondió Marcelo. Mas en lo primero creo yo muy bien, que les será muy espantable á los malos aquella tan horrible sentencia, y que el parecer ante el juez, y el rostro, y el mirar del juez les será de increíble tormento. Mas también habéis de entender, que será sin alteración del alma de Cristo, sino que mansó en sí, bramará en los oídos de aquellos, y dulce en sí mismo y en su rostro, les encandilará con terriblez y fiereza los ojos. Y á la verdad lo que más me declara el infinito mal de la obstinación del pecado, es ver que trae á la mansedumbre, y al amor, y á la dulzura de Cristo á términos de decir tal sentencia, y que pone en aquella boca palabras de tanto amargor; y que quien se hizo hombre por los hombres, y padeció lo que padeció por salvarlos, y el que dice que su deleite es su trato, y el que vivo y muerto, mortal y glorioso, ni piensa, ni trata sino de su reposo y salud, y el que todo cuanto es, ordena á su bien; los pueda apartar de sí con voz tan horrible, y que la pura fuerza de aquella no curable maldad mudará la voz al CORDERO. Y siendo lo ordinario de Dios con los malos esconderles su cara, que es alzar la vista de su favor, y dejarlos para que sus designios con sus manos los labren, conforme á lo que decía el Profeta (Isai. cap. lxiv, v. 7.): *Escondiste de nosotros tu cara, y con la mano de nuestra maldad nos quebrantaste;* aquí el celo del castigo

merecido le hace que la descubra, y que tome la espada en la mano, y en la boca tan amarga y espantable sentencia.

Y á lo segundo del león, que, Sabino, dijistes, habéis de entender, que como Cristo lo es, no contradice, ántes se compadece bien con el ser para con nosotros CORDERO. Porque llámase Cristo, y es león por lo que á nuestro bien y defensa toca, por lo que hace con los demonios enemigos nuestros, y por la manera como defiende á los suyos. Que en lo primero, para librarnos de sus manos les quitó el mando, y derrocóles de su tiranía usurpada; y asolóles los templos, é hizo que los blasfemasen los que poco ántes los adoraban y servían, y bajó á sus reinos oscuros, y quebrantóles las cárceles, y sacóles mil prisioneros; y entonces, y agora, y siempre se les muestra fiero, y los vence, y les quita de las uñas la presa. A que mira San Juan para llamarle león, cuando dice (Apocalip. cap. v, v. 5.): *Venció el león de Judá.* Y en lo segundo, así como nadie se atreve á sacar de las uñas del león lo que prende, así no es poderoso ninguno á quitarle á Cristo de su mano los suyos. Tanta es la fuerza de su firme querer. *Mis ovejas*, dice Él (Joan. cap. x, v. 28.) *ninguno me las sacará de las manos.* E Isaías en el mismo propósito (Isai. cap. xxxi, v. 4.): *Porque dice el Señor: Así como cuando brama el león, y el cachorro del león sobre su presa, no teme para dejarla, si le sobreviene multitud de pastores, á sus voces no teme, ni á su muchedumbre se espanta: así el Señor descenderá, y peleará sobre el monte de Sión, sobre el collado suyo.* Así que ser Cristo león le viene de ser para nosotros amoroso, y manso CORDERO; y porque nos ama y nos sufre con amor y mansedumbre infinita, por eso se muestra fiero con los que nos dañan, y los desama, y maltrata. Y así cuando á aquellos no sufre, nos sufre; y cuando es con ellos fiero, con nosotros es manso. Y hay algunos, que son mansos para llevar las importunidades ajenas, pero no para sufrir sus descomedimientos; y otros, que si sufren malas palabras, no sufren que les pongan las manos: mas Cristo como en todo, así en esto perfecto CORDERO, no solamente llevó con mansedumbre nuestro trato importuno, mas también sufrió con igualdad nuestro atrevimiento injurioso. Como CORDERO, dice Isaías (Isai. cap. liii, v. 7.), *delante del que le trasquila.*

¿Qué no sufrió de los hombres por amor de los hombres? de qué injuria no hicieron experiencia en Él los que vivían por Él? Con palabras le trataron descomedidas, con testimonios falsísimos, pusieron sus manos sacrílegas en su divina persona, añadieron á las bofetadas azotes, y á los azotes espinas, y á las espinas clavos y cruz dolorosa, y como á porfia probaron en hacerle mal sus descomulgados ingenios y fuerzas. Mas ni la injuria mudó la voluntad, ni en la paciencia y mansedumbre hizo mella el dolor. Y si como dice San Agustín (1) mi Padre, es manso el que da vado á los hechos malvados, y que no resiste al mal que le hacen, antes le vence con el bien; Cristo sin duda es el extremo de mansedumbre. Porque ¿contra quién se hicieron tantos hechos malvados, ó en cuyo daño se esforzó más la maldad? ó quién le hizo menos resistencia que Cristo? ó la venció con retorno de beneficios mayores? Pues á los que le huyen busca, y á los que le aborrecen abraza, y á los que le afrentan, y dan dolorosa muerte, con esa misma muerte los santifica, y los lava con esa misma sangre, que enemigamente le sacan. Y es puntualmente en este nuestro CORDERO, lo que en el CORDERO antiguo, que de él tuvo figura (Exod. cap. xii, v. 9.), que todo le comían y despedazaban, y con todo él se mantenían, la carne, y las entrañas, y la cabeza, y los piés. Porque no hubo cosa en nuestro bien, adonde no llegase el cuchillo y el diente; al costado, á los piés, á las manos, á la sagrada cabeza, á los oídos, y á los ojos, y á la boca con gusto amarguísimo. Y pasó á las entrañas el mal, y afligió por mil maneras su ánima santa, y le tragó con la honra la vida.

Mas con cuánto hizo, nunca pudo hacer que no fuese CORDERO, y no CORDERO solamente, sino provechoso CORDERO, no solamente sufrido y manso, sino en eso mismo, que tan mansa é igualmente sufría, bienhechor utilísimo. Siempre le espinamos nosotros, y siempre Él trabaja por traernos á fruto. Y como Dios en el Profeta de sí mismo dice (Zachar. cap. xiii, v. 5.): *Adám es mi ejemplo desde mi mocedad.* Porque como en la manera que fué por Dios sentenciado y mandado, que Adám trabajase y labrase la tierra, y la tierra labrada y trabajada

(1) *De Serm. Dom. in monte.* lib. i, cap. 11, n. 4.

le fructificase abrojos y espinas: así con su mansedumbre nos sufre, y nos torna á labrar, aunque le fructifiquemos ingrátitud. Y no sólo en cuanto anduvo en el suelo, más agora en el cielo glorioso, y emperador sobre todo, y señor universal declarado, nos ve que despreciamos su sangre, y que, cuanto es por nosotros, hacemos sus trabajos inútiles, y pisamos, como el Apóstol dice (Ad Rom. cap. II, v. 4.), su riquísima satisfacción y pasión: y nos sufre con paciencia, y nos aguarda con sufrimiento, y nos llama, y despierta, y solicita con mansedumbre y amor entrañable.

Y á la verdad, porque es tan amoroso, por eso es tan manso, y porque es excesivo el amor, por eso es la mansedumbre en exceso. Porque la caridad, como el Apóstol dice (I. ad Cor. c. XIII, v. 4.), de su natural es sufrida, y así conservan una regla, y guardan una medida misma el querer y el sufrir. De manera que cuando no hubiera otro camino, por este solo del amor entendiéramos la grandeza de la mansedumbre de Cristo: porque cuanto nos quiere bien, tanto se há con nosotros mansa y sufridamente, y quiérenos, cuanto ve que su Padre nos quiere; el cual nos ama por tan rara y tan maravillosa manera, que dió por nuestra salud la vida de su unigénito Hijo. Que como el mismo dice (Joan. cap. III, v. 16.): *Ansi amó al mundo Dios, que dió su Hijo unigénito, para que no perezca quien creyere en El.* Porque dar aquí es entregar á la muerte. Y el Apóstol (Ad Rom. cap. VIII, v. 32.): *Quien no perdonó á su Hijo propio, antes le entregó por nosotros, qué cosa de cuantas hay dejó de darnos con El?* Así que es sin medida el amor que Cristo nos tiene, y por el mismo caso la mansedumbre es sin medida, porque corren á las parejas lo amoroso y lo manso. Aunque si no lo fuera así, cómo pudiera ser tan universal señor, y tan grande? Porque un señorío, y una alteza de gobierno semejante á la suya, si cayera ó en un ánimo bravo, ó mal sufrido y colérico, intolerable fuera, porque todo lo asolará en un punto. Y así la misma naturaleza de las cosas pide, y la razón del gobierno y mando, que cuanto uno es mayor señor, y gobierna á más gentes, y se encarga de más negocios y oficios, tanto sea más sufrido y más manso. Por donde la divinidad, universal emperatriz de las cosas, sufre, y espera, y es mansa, lo que no se puede

encarecer con palabras. Y así ella usó de muchas, cuando quiso declarar esta su condición á Moysén, que le dijo (Exod. cap. XXXIV, v. 6.): *Soy piadoso, misericordioso, sufrido, de larguísima espera, muy ancho de narices, y que extendiendo por mil generaciones mi bien.* Y del mismo Moysén, que fué su lugar-teniente, y cabeza puesta por Él sobre todo su pueblo, se escribe, que fué mansísimo sobre todos los de su tiempo. Por manera que la razón convence, que Cristo tiene mansedumbre de CORDERO infinita, lo uno, porque es su poderio infinito, y lo otro, porque se parece á Dios más que otra criatura ninguna, y así le imita y retrata en esta virtud, como en las demás sobre todos.

Y si es CORDERO por la mansedumbre, cuán justamente lo será por la inocencia y pureza? que es lo segundo de las tres cosas, que decir propuse. ¿Qué dice San Pedro (I. Petr. cap. I, vv. 18 y 19.)? *Redimidos no con oro y plata que se corrompe, sino con la sangre sin mancilla del CORDERO inocente.* Que en el fin porque lo dice, declara y engrandece la suma inocencia de aqueste CORDERO nuestro. Porque lo que pretende es persuadirnos, que estimemos nuestra redención, y que cuando ninguna otra cosa nos mueva, á lo menos por haber sido comprados con una vida tan justa, y lavados del pecado con una sangre tan pura, porque tal vida no haya padecido sin fruto, y tal sangre no se derrame de balde, y tal inocencia y pureza, ofrecida por nosotros á Dios, no carezca de efecto; nos aprovechemos de Él, y nos conservemos en Él, y después de redimidos, no queramos ser siervos. Dice Santiago (Jacob. cap. III, v. 2.), que *es perfecto, el que no tropieza en las palabras y lengua.* Pues de nuestro CORDERO dirá, *que ni hizo pecado, ni en su boca fué hallado engaño,* como dice San Pedro (I. Petr. cap. XI, v. 22). Cierta cosa es, que lo que Dios en sus criaturas ama y precia más, es santidad y pureza. Porque el ser puro uno, es andar ajustado con la ley que le pone Dios, y con aquello que su naturaleza le pide, y eso mismo es la verdad de las cosas, decir cada uno con lo que es, y responder el ser con las obras. Y lo que Dios manda, eso ama, y porque de ello se contenta lo manda; y al que es el ser mismo, ninguna cosa le es más agradable, ó conforme á lo que con su ser responde, que es lo verdadero y lo cierto, porque lo falso

y engañoso no es. Por manera que la pureza es verdad de ser y de ley, y la verdad es lo que más agrada al que es puro ser.

Pues si Dios se agrada más de la humanidad santa de Cristo, concluido queda, que es más santa y pura que todas las criaturas, y que se aventaja en esto á todas tanto, cuantas son y cuan grandes son las ventajas, con que de Dios es amada. Qué? No es ella el Hijo de su amor que Dios llama, y el de quien únicamente se complace, como certificó á los discípulos en el monte, y el Amado por cuyo amor, y para cuyo servicio hizo lo visible y lo invisible que crió? Luego si va fuera de toda comparación el amor, no la puede haber en la santidad y pureza, ni hay lengua que la declare, ni entendimiento que comprenda lo que es. Bien se ve, que no tiene su grandeza medida, en la vecindad que con Dios tiene, ó por decir verdad, en la unidad, ó en el lazo estrecho de unión, con que Dios consigo mismo le enlaza. Que si es más claro lo que al sol se avecina más, ¿qué resplandores no tendrá de santidad y virtud el que está, y estuvo desde su principio, y estará para siempre lanzado, y como sumido en el abismo de esa misma luz y pureza? En las otras cosas resplandece Dios, mas con la humanidad, que decimos, está unido personalmente: las otras lléganse á Él, mas ésta tiene la lanzada en el seno: en las otras reverbera este sol, mas en ésta hace un sol de su luz. *En el sol*, dice (Ps. xviii, v. 6.), *puso su morada*: porque la luz de Dios puso en la humanidad de Cristo su asiento, con que quedó en puro sol transformada. Las otras centellean hermosas, ésta es de resplandor un tesoro; á las otras les adviene la pureza y la inocencia de fuera, ésta tiene la fuente y el abismo de ella en sí misma; finalmente las otras reciben y mendigan virtud, ésta riquísima de santidad en sí, la derrama en las otras. Y pues todo lo santo, y lo inocente, y lo puro nace de la santidad y pureza de Cristo, y cuanto de este bien las criaturas poseen, es partecilla que Cristo les comunica; claro es, no solamente ser más santo, más inocente, más puro que todas juntas, sino también ser la santidad, y la pureza, y la inocencia de todas, y por la misma razón la fuente y el abismo de toda la pureza é inocencia.

Pero apuremos más aquesta razón, para mayor claridad

y evidencia. Cristo es universal principio de santidad y virtud, de donde nace toda la que hay en las criaturas santas, y bastante para santificar todas las criadas, y otras infinitas que fuese Dios continuamente criando. Y ni más ni menos es la víctima y sacrificio aceptable, y suficiente á satisfacer por todos los pecados del mundo, y de otros mundos sin número. Luego fuerza es decir, que ni hay grado de santidad, ni manera de ella, que no le haya en el alma de Cristo; ni menos pecado, ni forma, ni rastro, de que del todo Cristo no carezca. Y fuerza es también decir, que todas las bondades, todas las perfecciones, todas las buenas maneras y gracias, que se esparcen, y podrían esparcir en infinitas criaturas que hubiesen, están ayuntadas, y amontonadas, y unidas sin medida ni cuenta en el manantial de ellas, que es Cristo; y que no se aparta tanto el ser del no ser, ni se aleja tanto de las tinieblas la luz, cuanto de Él mismo toda especie, todo género, todo principio, toda imaginación de pecado, hecho, ó por hacer, ó en alguna manera posible, está apartado y lejísimo. Porque necesario es, y la ley no mudable de la naturaleza lo pide, que quien cria santidades, las tenga, y quien quita los pecados, ni los tenga, ni pueda tenerlos. Que como la naturaleza á los ojos, para que pudiese recibir los colores, cria limpios de todos ellos; y el gusto, si de suyo tuviese algún sabor infundido, no percibiría todas las diferencias del gusto: así no pudiera ser Cristo universal principio de limpieza y justicia, si no se alejara de Él todo asomo de culpa, y si no atesorara en sí toda la razón de justicia y limpieza.

Que porque había de quitar en nosotros los hechos malos que oscurecen el alma, no puede haber en Él ningún hecho desconcertado y oscuro. Y porque había de borrar en nuestras almas los malos deseos, no pudo haber en la suya deseo que no fuese del cielo. Y porque reducía á orden y á buen concierto nuestra imaginación varia, y nuestro entendimiento turbado, el suyo fué un cielo sereno, lleno de concierto y de luz. Y porque había de corregir nuestra voluntad mal sana y enferma, era necesario que la suya fuese una ley de justicia y salud. Y porque reducía á templanza nuestros encendidos y furiosos sentidos, fueron necesariamente los suyos la misma moderación y templanza. Y porque había de

poner freno, y desarraigar finalmente del todo nuestras malas inclinaciones, no pudo haber en Él ni movimiento ni inclinación, que no fuese justicia. Y porque era limpieza y perdón general del pecado primero, no hubo ni pudo haber, ni en su principio, ni en su nacimiento, ni en el discurso de sus obras y vida, ni en su alma, ni en sus sentidos y cuerpo, alguna culpa, ni su culpa de Él, ni sus reliquias y rastros. Y porque á la postre, y en la nueva resurrección de la carne, la virtud eficaz de su gracia había de hacer no pecables los hombres, forzoso fué que Cristo no sólo careciese de toda culpa, mas que fuese desde su principio impecable. Y porque tenía en sí bien y remedio para todos los pecados, y para en todos los tiempos, y para en todos los hombres, no sólo en todos los que son justos, mas en todos los demás que no lo son, y lo podrían ser si quisiesen, no sólo en los que nacerán en el mundo, mas en todos los que podrían nacer en otros mundos sin cuento; convino y fué menester, que todos los géneros y especies del mal actual, lo de original, lo de imaginación, lo del hecho, lo que es, y lo que camina á que sea, lo que será, y lo que pudiera ser por el tiempo, lo que pecan los que son, y lo que los pasados pecaron, los pecados venideros, y los que, si infinitos hombres nacieran, pudieran suceder y venir, finalmente todo ser, todo asomo, toda sombra de maldad ó malicia estuviese tan lejos de Él, cuanto las tinieblas de la luz, la verdad de la mentira, de la enfermedad la medicina, están lejos.

Y convino que fuese un tesoro de inocencia y limpieza, porque era, y había de ser el único manantial de ella riquísimo. Y como en el sol, por más que penetréis por su cuerpo, no veréis sino una apurada pureza de resplandor y de lumbre, porque es de las luces y resplandores la fuente: así en este sol de justicia, de donde manó todo lo que es rectitud y verdad, no hallaréis por más que lo divida y penetre el ingenio, por más que desmenuce sus partes, por más agudamente que las examine y las mire, sino una sencillez pura, y una rectitud sencilla, una pureza limpia, que siempre está bullendo en pureza, una bondad perfecta entrañada en cuerpo y en alma, y en todas las potencias de ambos, en los tuétanos de ellos, que por todos ellos lanza rayos de sí. Porque veamos

cada parte de Cristo, y veremos cómo cada una de ellas no sólo está bañada en la limpieza que digo, mas sirve para ella y la ayuda.

En Cristo consideramos cuerpo, y consideramos alma, y en su alma podemos considerar lo que es en sí para el cuerpo, y los dones que tiene en sí por gracia de Dios, y el estar unida con la propia persona del Verbo. Y cuanto á lo primero del cuerpo, como unos cuerpos sean de su mismo natural más bien inclinados que otros, según sus composturas y formas diferentes, y según la templanza diferente de sus humores; que unos son de suyo coléricos, otros mansos, otros alegres, y otros tristes, unos honestos y vergonzosos, otros poco honestos y mal inclinados, modestos unos y humildes, otros soberbios y altivos: cosa fuera de toda duda es, que el cuerpo de Cristo de su misma cosecha era de inclinaciones excelentes, y en todas ellas fué loable, honesto, hermoso, y excelente. Que se convence, así de la materia de que se compuso, como del artífice que le fabricó. Porque la materia fué la misma pureza de la sangre santísima de la Virgen, criada y encerrada en sus limpias entrañas. De la cual habemos de entender, que aún en ley de sangre fué la más apurada, y la más delgada, y más limpia, y más apta para criarla, y más ajena de todo afecto bruto, y de más buenas cualidades de todas. Porque allende de lo que el alma puede obrar, y obra en los humores del cuerpo, que sin duda los altera y califica según sus afectos, y que por esta parte el alma santísima de la Virgen hacia santidad en su sangre, y sus inclinaciones celestiales de ella, y los bienes del cielo sin cuento que en sí tenía, la espiritualizaban y santificaban en una cierta manera: así que allende de esto, de suyo era la flor de la sangre, quiero decir, la sangre más ajena de las condiciones groseras del cuerpo, y más adelgazada en pureza, que en género de sangre después de la de su Hijo jamás hubo en la tierra. Porque se ha de entender, que todas las santificaciones, y purificaciones, y limpiezas de la ley de Moysén, el comer estos manjares, y no aquellos, los lavatorios, los ayunos, el tener cuenta en los días, todo se ordenó para que adelgazando, y desnudando de sus afectos brutos la sangre, y los cuerpos, y de unos en otros apurándose siem-